

lo mismo que en la teoría; es imposible que suceda de otra manera. El progreso es la ley del género humano, puesto que la vida de la humanidad es una educación, y toda educación es progresiva. ¿Qué inexplicable contradicción había de hacer que la religión, el instrumento más activo, más poderoso de la educación, fuera el único que permaneciese inmutable, mientras que las generaciones á quienes ha de educar cambian incesantemente de sentimientos y de ideas?

LIBRO PRIMERO.

LA LUCHA.

CAPITULO I.

LA REACCION CATÓLICA.

I.

En su primer empuje, pareció que la Reforma ponía en peligro la existencia del catolicismo; invadió rápidamente una gran parte de la Europa central, la Alemania casi por completo, la mitad de los Países Bajos, las tres cuartas partes de la Francia; penetró hasta en España y en Italia. Pero pronto cambió el aspecto de la cristiandad; el Pontificado, á quien se creía muerto, cobró nuevas fuerzas, detuvo el movimiento ascendente del protestantismo, le arrancó el mediodía de la Alemania y de los Países Bajos y casi toda la Francia; destruyó definitivamente la Reforma en Italia y en España. ¿Cual es la causa de esta reaccion? ¿Es debida á la excelencia del catolicismo? ¿Es una prueba de su divinidad? Los católicos quisieran hacerlo creer así. Pero, si la reaccion es fruto de una inspiracion divina, ¿por qué ha cesado despues de la sangrienta guerra de los treinta años? ¿Por qué permanecen invariables los límites de ambas confesiones desde la paz de Westfalia?

¿Ha quedado obligado el Espíritu Santo por las estipulaciones de un tratado?

La era de las revoluciones políticas, abierta en 1789, nos da la explicación de los movimientos de acción y de reacción que constituyen la esencia de estas violentas sacudidas. Por lo mismo que son una aspiración desordenada hacia el porvenir, arrastran á la sociedad más allá de las necesidades de las masas, y por consiguiente, traspasan el límite de lo que es posible y realizable actualmente. De aquí resulta, después del primer arranque, que realiza en un día progresos para los cuales se necesitan siglos, un regreso inevitable hacia lo pasado; como las sociedades no pueden seguir una marcha tan precipitada, sucede necesariamente que las doctrinas nuevas no encuentran eco en la conciencia general, y que las antiguas tradiciones recobran un imperio que no habían perdido más que en apariencia. Esto sucedió con la reacción católica contra el protestantismo.

En su origen la Reforma no era una revolución religiosa, era más bien una guerra contra el Pontificado, contra la iglesia exterior y los mil abusos que había engendrado la dominación absoluta de Roma. La resistencia que opusieron los papas á las tímidas reclamaciones de los reformadores, arrastró al protestantismo más allá de sus primeras exigencias; la insurrección contra la Iglesia se convirtió en una revolución religiosa. Verdad es que los reformadores protestaron siempre contra esta acusación, puesto que pretendían volver del cristianismo degenerado de Roma á la verdadera creencia enseñada por Jesucristo y los Apóstoles. La Reforma hubiera sido, según esto, una revolución de nueva especie; en lugar de llevar á los hombres hacia adelante, los hubiera obligado á retroceder. En realidad el regreso hacia lo pasado era un paso fuera del cristianismo histórico. Esta tendencia se reveló desde el principio en la secta de los socinianos; el socinianismo dejó ver en cierto modo el término á que había de venir á parar la insurrección de Lutero; era nada menos que la negación de la base en que descansa el cristianismo tradicional, la divinidad de Cristo. Pero este fin extremo del protestantismo iba más allá que las necesidades y los deseos de los que no veían en la Reforma más que un correctivo de los abusos que se habían introducido en el

régimen eclesiástico. De la misma manera que la república, que era el término natural del movimiento de 1789, asustó á las masas y las hizo volver á la monarquía absoluta, la revolución religiosa, que venía oculta en las entrañas del protestantismo, asustó á los que querían conservar el cristianismo tradicional y les hizo volver al seno de la iglesia ortodoxa.

La reacción del catolicismo contra la Reforma era, pues, tan fatal como la reacción de la monarquía contra la república. Encontró un auxiliar poderoso en el genio de las razas latinas. Bajo ciertos puntos de vista, el protestantismo es una manifestación del espíritu germánico más bien que del espíritu cristiano. El individualismo caracteriza á la raza alemana, y la Reforma es el individualismo en la esfera de la religión. Esta tendencia es profundamente antipática á los pueblos latinos; tienen tanta necesidad de unidad como los pueblos germanos de individualidad. Puede decirse que las naciones latinas son católicas por esencia, por que su genio las inclina á abrazar la religión de la unidad y á rechazar la de la diversidad. Añádase á esto que, como los pueblos del mediodía hacen una vida más exterior que los pueblos septentrionales, necesitan una religión exterior; de aquí una nueva oposición contra el protestantismo, que, por lo mismo que es ante todo una relación del hombre con Dios, se concentra más en el interior del alma y no pide ni ceremonias ni pompas en el culto. Estas causas explican la poca aceptación que la revolución del siglo XVI encontró en Italia y en España.

Si hay pueblos que son católicos por su genio, otro tanto puede decirse de los individuos. Hay espíritus que se inclinan á una religión que satisface la necesidad de la unidad, de un vínculo exterior que una á los hombres; hay otros que, concentrados en sí mismos, se forman una religión según sus necesidades, sin cuidarse de la aceptación que pueda tener, sin pedir una manifestación pública de sus creencias; los unos son católicos, los otros protestantes. Puede decirse también que para los primeros la religión es cuestión de sentimiento, mientras que para los últimos es cuestión de razón. Cuanto más domina en un hombre la razón más se alejará del catolicismo y se acercará al protestantismo. En el siglo XVI el elemento racional de la religión estaba todavía muy

poco desarrollado; la Iglesia lo habia combatido con viveza en la esfera de la ciencia; no habia querido admitir nunca á la razon más que como la servidora de la teología. En las masas el clero habia cultivado exclusivamente la parte sentimental de la religion, en términos que el catolicismo popular no era más que un conjunto de prácticas más ó ménos supersticiosas. La reaccion católica sacó partido de este hecho; se apoderó de la inclinacion á la credulidad que existe en la naturaleza humana y que la Iglesia habia cuidado de cultivar. El protestantismo no dejaba satisfechas estas preocupaciones; por mejor decir, vacilaba á cada paso entre la razon y el sentimiento. Esta inconsecuencia era una causa de debilidad; si hubiera marchado resueltamente por la senda del racionalismo, hubiera tenido á su favor las simpatías de los hombres de la inteligencia; los rechazó conservando el elemento supersticioso, sin alcanzar por esto las simpatías de aquellos á quienes no satisfacía el culto demasiado sencillo y racional de la Reforma.

¿Quiere esto decir que la reaccion católica no tuvo á su favor más que la supersticion, y que venció al protestantismo apelando á los instintos bajos del hombre y á los errores del espíritu humano? Bajo ciertos puntos de vista el catolicismo está más en armonía con las tendencias legítimas de la humanidad que el protestantismo. La Reforma era un regreso al cristianismo de San Agustin; llevó hasta sus últimas consecuencias los falsos dogmas del pecado original, de la gracia y de la predestinacion, y destruyó de este modo la libertad. La Iglesia romana profesa las mismas creencias, pero conserva la libertad al lado de la gracia, aún á riesgo de incurrir en contradiccion. La Sociedad de Jesus, el instrumento más activo de la reaccion católica, dió un paso más en este camino, y acercó la doctrina católica á los sentimientos de la humanidad moderna, mientras el protestantismo se alejaba de ella. De aquí resultó para el catolicismo una gran superioridad como religion práctica. Por el mero hecho de negar la Reforma la libertad, no podia conceder importancia alguna á las obras, y hacía depender la salvacion exclusivamente de la fe. El catolicismo concedía al hombre participacion en su salvacion; de aquí el celo admirable de las congregaciones que nacieron á porfía du-

rante la reaccion religiosa. Las órdenes nuevas daban alimento á todas las necesidades del hombre, la caridad, la instruccion, la ciencia, al paso que los protestantes se contentaban con disertar sobre la fe, la presencia real y la ubiidad.

II.

Tal es la justificacion providencial de la reaccion católica; mediante ella podemos aceptarla sin maldecir la victoria que alcanzó sobre la Reforma. Los que no ven en el catolicismo más que un tejido de supersticiones, no deben ver tampoco en la Historia más que una serie de acontecimientos inexplicables, producto del acaso y de la violencia; de esto al fatalismo no hay más que un paso. Si hay una Providencia que dirige los destinos del género humano, es preciso que los grandes acontecimientos que determinan el porvenir de los pueblos tengan una razon en Dios, diferente de los caprichos de la fortuna. La reaccion católica es uno de estos hechos importantes. Hemos dicho en qué sentido fué necesaria, y cómo se concilia con la marcha progresiva de la humanidad. De que la reaccion católica sea un hecho providencial no se sigue que los errores y las pasiones de los hombres no hayan intervenido en ella; pero la obra de la Providencia consiste precisamente en apoderarse de nuestras pasiones y de nuestros errores para hacerlos servir al bien y al perfeccionamiento general. La reaccion católica no se ha verificado por el poder de las ideas; el gran instrumento de la Iglesia contra la Reforma ha sido la fuerza y más tarde la astucia. Y no hay que quejarse, pues no hacemos más que repetir lo que ha dicho un Papa (1). Hoy hay espíritus violentos, apasionados, que apelan á la violencia para destruir el catolicismo. Los católicos se quejan vivamente de estos proyectos revolucionarios; pero tienen ménos derecho á quejarse que otro cualquiera, porque su Iglesia es la que ha dado el ejemplo: el Pontificado ha conseguido sus conquistas sobre el protestantismo por medio de la violencia y de la guerra.

(1) Pablo III (SARPI, *Storia del concilio Tridentino*, lib. I, c. 53).

El principio de la libertad religiosa ha arraigado tan profundamente en nuestras almas, que nos induce á creer que la fuerza es impotente en la esfera de las creencias: «La persecucion, dice un ilustre escritor, puede hacer cobardes y apóstatas, pero no tiene poder sobre la intimidad de la conciencia, no puede producir una conviccion» (1). Pero San Agustin ha hecho ya observar que la obra comenzada por la violencia se termina por la persuasion, si no sobre los desgraciados que son víctimas de la fuerza, al ménos en las generaciones futuras. La historia de la reaccion católica prueba que el gran teólogo conoció perfectamente la debilidad de la naturaleza humana. Sería necesario un valor heroico para resistir siempre á la presion de la fuerza; este poder de resistencia se encuentra ciertamente en algunos individuos, pero no existe en las masas. Felipe II contuvo los progresos de las ideas nuevas en España por medio de los suplicios, y en Bélgica mediante una guerra de verdugo (2). En Francia las guerras civiles y matanzas horribles ahogaron en sangre la Reforma. En Alemania la violencia se ejerció durante mucho tiempo con un color de legalidad que la hizo más odiosa. Reconociase allí á los príncipes el derecho de reformar; miéntras el protestantismo estuvo en su período ascendente, este poder fué favorable á la Reforma; las poblaciones fueron arrastradas por el ejemplo y por la autoridad de sus señores. Cuando llegó la reaccion, los príncipes católicos ejercitaron á su vez su derecho de reformar para atraer á los descarriados al seno de la Iglesia. En Polonia, en donde tenía numerosos partidarios el protestantismo más radical, el de los socinianos, aflige al historiador el mismo espectáculo. De violencia en violencia se vino á parar á una guerra furiosa que desoló la Alemania por espacio de treinta años y alcanzó á todo el Occidente. En fin, la cristianidad, agotadas sus fuerzas, firmó la paz de Westfalia.

(1) BALLANCHE.

(2) *Memorias de TAVANNES* (Coleccion de PETITOT, t. XXIV, p. 131): «Había en Gante y en Ambéres 100,000 herejes; habiendo sido tomadas las dos ciudades por el Duque de Parma, todos sus habitantes se hicieron católicos; los santos no convierten en un dia por medio de la predicacion tantos como las fuerzas humanas hacen venir á la Iglesia.»

Los papas protestaron contra la paz; hubieran querido eternizar la guerra. Ellos invitaron al poder real á la persecucion. Celebróse entre los vicarios de Dios y los reyes una alianza impía para la destruccion de la Reforma y del libre pensamiento. ¿Por qué pusieron los príncipes sus tesoros y la vida de sus súbditos al servicio de la Iglesia, su rival, su enemigo natural? Su celo religioso no era completamente desinteresado; la alianza de los papas y de los reyes no fué más que una liga de ambiciones. En el siglo XVI la unidad religiosa era considerada como un elemento de poder, y la diversidad de religion como un principio de division y de anarquía. Hoy ya no es la unidad de religion una condicion de unidad política y de paz interior. Esto consiste en el debilitamiento de las creencias cristianas, y principalmente en su trasformacion. La religion no es ya una cosa exterior, sino una relacion íntima del hombre á Dios; de aquí una tolerancia recíproca, que impide que la religion sea un origen de desunion, de ódio y de guerra. Nada de esto tenía lugar en el siglo XVI. La religion habia sido una hasta entónces; el cisma protestante rompió la unidad; este rompimiento no podia tener lugar sin violentas disensiones. Bajo el punto de vista de las ideas religiosas de la Edad Media los protestantes eran criminales de la peor especie, puesto que eran culpables de lesa majestad divina. Rebeldes hácia Dios; cómo era posible esperar de ellos obediencia hácia sus príncipes? Cuando en un mismo país se encontraron dos confesiones diferentes, la guerra fué inevitable. Faltaba la condicion de paz que hoy poseemos, la tolerancia; la intolerancia que dominaba en las costumbres, era una causa de discordias y de debilidad para los Estados. Todavía habia otro peligro para la paz y la unidad nacional. El cristianismo tradicional es una religion del otro mundo; sacrifica la vida presente y todas sus afecciones á la vida futura. De aquí una laxitud inevitable en los vínculos de la patria. Los protestantes, no encontrando apoyo en el Estado, buscaron en otra parte, en el extranjero, una garantía para el ejercicio de su culto. Otro tanto sucedió con los católicos. En todas partes la comunidad de creencias pudo más que los deberes del ciudadano; los católicos franceses se unieron con el enemigo mortal de la Francia, la España; los Hugonotes se aliaron con los Ingle-

ses; los Alemanes, con los Franceses; los Suizos, con los Austriacos.

Se concibe que esta disolución de todos los vínculos sociales haya inspirado vivos temores á los príncipes, y por consiguiente profunda antipatía hácia la Reforma. Felipe II escribe al Emperador de Alemania: «El interes del Estado está de tal manera relacionado con el sostenimiento de la religion, que ni la autoridad de los príncipes, ni la concordia entre los súbditos, ni la paz pública pueden subsistir con dos religiones diferentes» (1). Fernando II, en un edicto para el restablecimiento del catolicismo en Bohemia, declaró que con la diversidad de religion no hay ni paz, ni obediencia al príncipe, ni concordia entre los súbditos (2). Los papas tuvieron cuidado de decir á los reyes que la única garantía de estabilidad para los reinos era el temor de Dios y el respeto del Pontificado establecido por Jesucristo para gobernar su Iglesia; que las nuevas sectas no tanto eran una rebelion contra la Santa Sede, cuanto una insurreccion contra la autoridad Real (3).

Estas previsiones y estos temores no carecian de fundamento; es muy cierto que en teoría y en hecho la república procede de la Reforma. Esta tendencia del protestantismo fué lo que lo hizo sospechoso á los reyes de Francia: «Vuelven á la antigua religion, dice un político hábil, aún cuando no sea más que por el pretexto de que los hugonotes tienen libertad, cosa tan contraria al absoluto imperio de que han solido usar los reyes de Francia» (4). Hasta los príncipes protestantes desconfiaban casi tanto del espíritu de libertad que agitaba á las sectas más avanzadas de la Reforma como de la ambicion de los sucesores de San Pedro (5).

(1) GACHARD, *Correspondencia de Felipe II*, t. II, p. 56.

(2) «*Discrepantiam in religione nullam firmam et constantem pacem et sinceram obedientiam, ac confidentiam tum erga magistratum, tum erga súbditos in aliquo regno aut regione asserere aut conservare posse.*» (CARAFA, *Germania sacra restaurata*, p. 297.)—C. Edic. de 1625 (*ib.*, P. 2.^a, p. 150.)

(3) Carta de Julio III á los nobles de Polonia (RAYNALDI *Annales*, a. 1553, § 41).—Carta de Pablo IV á Maximiliano, rey de Bohemia (RAYNALD., 1556, § 17).

(4) GRANVELLE, *Papeles de Estado*, t. VIII, p. 119.—TAVANNES dice que Enrique II era hostil á la Reforma, porque creía que los nuevos cristianos aspiraban al Estado, queriendo convertirlo en democracia (*Memorias*, t. II, p. 111).

(5) Isabel dice al embajador de Francia que la lucha de los protestantes y de

Esto explica la política aparentemente contradictoria de Isabel: protestante por interes, persiguió sin embargo á los puritanos, como si previese que aquellos atrevidos sectarios habian de hacer caer un dia la cabeza de un rey bajo el hacha del verdugo. Por oposicion al principio revolucionario del protestantismo, el catolicismo era considerado como un elemento conservador. Los Venecianos, cuyo gobierno aristocrático era esencialmente inmutable, tenian como máxima que el cambio de religion llevaba consigo necesariamente un cambio en el Estado (1). Esta era la política de todos los príncipes italianos; la llevaron hasta la más mezquina intolerancia. El duque de Toscana cuidaba de que todos sus súbditos comulgasen; en su santo celo, hacía que se diesen cuenta del número de hostias que repartia el clero (2).

III.

Como se ve, la alianza del Pontificado y de los reyes era una cuestión de interes político; para nada entraron en ella las convicciones religiosas. Por esto precisamente la reaccion católica, á pesar de sus triunfos parciales, no consiguió destruir el protestantismo. ¡Gran enseñanza para la humanidad! Hay hombres que dicen que la fuerza gobierna al mundo. Esta doctrina desconso-ladora es la negacion de un gobierno providencial, la negacion del desenvolvimiento progresivo del género humano. Afortunadamente la historia la desmiente; en cada página nos enseña que el mundo se rige por las ideas. Cuando la fuerza se pone al servi-

los católicos era un peligro para todos los príncipes, puesto que los protestantes sostenian que podian sustraerse á la obediencia de los príncipes, segun Dios y su conciencia, y deponerle de su estado; y puesto que el Papa, por su parte, declaraba también á los estados de aquellos á quienes tenía por cismáticos ó herejes en entredicho y vacantes. (*Correspondencia de FENELON*, t. III, p. 4.)

(1) «*Mutationem religionis omnibus temporibus mutationem status secum tulisse.*» (Carta de Andrés Cristianini al Conde de Nassau, en GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos de la casa de Orange*, t. VII, p. 221.)

(2) «*Perché*, dice el embajador de Venecia, *suol sempre dire, che l'alterazione e mutazione della religione porta con sé il pericolo manifesto della mutazione degli stati.*» (ALBERI, *Relazioni degli ambasciatori veneti*, segunda serie, t. I, página 326.)

cio de las ideas, no vence la violencia, sino el pensamiento; si por el contrario se emplea la fuerza en destruir la verdad, puede vencer temporalmente, pero su triunfo definitivo es imposible. En vano recobró el catolicismo parte del terreno que había perdido; esta victoria parcial fué una verdadera derrota. A fines del siglo XVI hallábanse en pleno movimiento católico. Los papas combatían al protestantismo en el Norte, en Alemania, en Inglaterra, en Francia, en los Países Bajos. En el Norte se creían ya seguros de la victoria y contaban con la conversión de la Suecia para reconquistar parte de la Alemania; aquellas ilusiones se desvanecieron, y tuvo lugar una violenta reacción en el luteranismo sueco. En Inglaterra el Pontificado persiguió á Isabel por medio de conjuraciones, de asesinatos y de las armas de Felipe II; los complots fracasaron lo mismo que la armada. En Francia los papas identificaron su causa con la de la liga; triunfaron los políticos y con ellos el galicanismo, es decir, un cisma mitigado. En los Países Bajos la Santa Sede conservó la Bélgica, pero las provincias septentrionales formaron una república protestante que quebrantó el poder de la España, ese brazo armado de la Iglesia. En Alemania la lucha tenía por objeto extirpar el protestantismo, y una paz solemne vino á reconocer la existencia de la Reforma. En el siglo XVII el catolicismo volvió á reunir todas sus fuerzas y las circunstancias le favorecían; Enrique IV había muerto, la Francia estaba desgarrada por las facciones, una regente extranjera sufría la influencia de España y de Roma; Isabel había muerto, y un rey charlatan y escritorzuelo preparaba á la Inglaterra los sangrientos disturbios que la desgarraron en el reinado de su hijo; en Alemania un nuevo Felipe II ponía su fanatismo y su poder al servicio del catolicismo. Sin embargo, la guerra de los treinta años vino á parar en reconocer una vez más el protestantismo, y la paz de Westfalia puso fin para siempre á las invasiones de Roma.

Era imposible que el catolicismo triunfase, porque su victoria exclusiva hubiera sido el triunfo del error sobre la verdad. La reacción católica siguió la ley de toda reacción; restableció las supersticiones abandonadas por los protestantes; en todas partes donde consiguió extirpar la Reforma, los milagros, el culto de los

santos, de las reliquias, las peregrinaciones y las devociones menudas volvieron á hallar acogida en las masas. En cuanto á las clases ilustradas, manifestaron también un gran celo por estas prácticas; pero con mucha frecuencia la hipocresía ocultaba pasiones muy mundanas, la codicia y la ambición. De esta época data el repugnante espectáculo de la religión convertida en instrumento de influencia y de poder; hay quien se hace católico por cálculo, por interés, y cuanto menos religioso es, más afecta serlo. Esta es la señal más segura de la decadencia de una religión.

De manera que las victorias del catolicismo no son más que aparentes; en realidad la reacción católica conduce á la hipocresía y á la incredulidad. Resultado inevitable; como el catolicismo descansa en la falsa idea de una revelación milagrosa, no puede sostenerse sino por medios artificiales, la superstición en las masas, la política en las clases dominantes. Pero también es vencido el protestantismo. Es vencido, en primer lugar, porque no consigue arrojar de Roma al Antecristo, como se había propuesto; es vencido, porque pierde parte del terreno que había ganado al catolicismo; y por último, es vencido porque conserva los errores fundamentales del cristianismo tradicional. Para salvarse de la decadencia que amenaza al cristianismo histórico, el protestantismo se ve obligado á abandonar lo pasado, y solamente entonces aparece con su verdadero carácter; su verdadera misión es realizar la idea del progreso en la esfera de la religión. ¿Quién sale, pues, vencedor de la lucha del catolicismo y del protestantismo? El vencido es el cristianismo tradicional, y la filosofía que recoge los frutos de la victoria; por mejor decir, el cristianismo histórico se transforma y prepara el camino para una nueva era religiosa.